

ra el día de su consagración. Esta ceremonia, que se efectuó en 9 de Junio de 1720 en la iglesia de Val de-Grace, fué magnífica, habiendo concurrido á ella el Regente y «toda la Francia;» fué prelado consagrante el cardenal de Rohán, asistido de Tressán, obispo de Nantes, y de Massillon, obispo de Clermont. Se ha censurado á este último por la complacencia que demostró con Dubois; pero Saint-Simón explica que un hombre «tan insignificante» no podía hacer menos que un prelado de ilustre prosapia como Rohán. Después de la consagración sirvióse un espléndido banquete en el Palacio real; Dubois sentóse en el centro de la mesa de honor, enfrente del mariscal de Villeroi y rodeado de los cardenales de Rohán, de Bissy y de Gesvres, del nuncio del papa, de un enviado del emperador, de los mariscales de Berwick, de Estrées y de Tallard, y de gran número de prelados, abates é hidalgos. Massillon se había deshonrado en noble compañía.

El nuevo arzobispo, pensando siempre en el «capelo,» intentó reconciliar á los jansenistas y á los molinistas é indujo á los jefes del partido de la Constitución, los cardenales de Rohán y de Bissy, á negociar con el cardenal de Noailles que continuaba siendo considerado como jefe de los contrarios, y á formular con él un «cuerpo de doctrina» aceptable para los jansenistas y para los constitucionales. El texto de aquel cuerpo que fué redactado con el concurso del P. Latour, general del Oratorio, y por un obispo de Bayona llamado Dreuillet y conocido por la influencia que ejercía sobre Noailles, era bastante vago para que todos encontraran en él la expresión de sus opiniones. A fuerza de halagos conquistóse para la causa del «arreglo» al más celoso de los constitucionales, Languet de Gergy, obispo de Soissons; también fueron conquistados los jesuitas, y la mayoría de los obispos acabaron por ceder. Noailles había dado su aprobación por escrito y redactó una pastoral adhiriéndose á la bula *Unigenitus*, pero no quiso publicarla hasta que se hubiese registrado una declaración del rey sobre el «arreglo.»

La declaración se publicó en 4 de agosto; en ella se hacía saber al público que se habían cambiado explicaciones entre cardenales, arzobispos y obispos, dentro de un «espíritu de concordia y de caridad;» se ordenaba que se aceptase la bula y se prohibía escribir, «sostener ó propalar» nada contra ella y hasta apelar de ella ante el futuro concilio. Como el parlamento de París estaba desterrado en Pontoise, según hemos visto, desde el 20 de julio (1), la declaración fué enviada al parlamento de Flandes, que la registró; pero Noailles no se contentó con el registro del Tribunal provincial y la declaración fué llevada á Pontoise, en donde encontró tales dificultades que el gobierno la retiró. Dubois la presentó al Gran Consejo, que la rechazó, y entonces acudió á él el Regente, en 23 de septiembre, acompañado, según dice Barbier, «de todos los príncipes de la sangre y de varios mariscales de Francia, duques y pares,» formando un total de treinta y cinco personas á las cuales pensaban hacer votar. Como en aquella sesión del Consejo no había presentes más que diez y ocho consejeros ó presidentes, no fué posible resistirle; por fórmula se le hicieron algunas objeciones, á las que

(1) Véase: pág. 17.

él contestó «sabiamente,» y la declaración fué registrada «por pluralidad de votos.» Noailles, sin embargo, se obstinó en su exigencia, pues para él no había más registro válido que el del parlamento de París; además, sentía escrúpulos y deploraba los compromisos que había contraído. La declaración volvió, por consiguiente, á aquel parlamento que, trabajado vigorosamente por los jansenistas, la rechazó diciendo que sería la causa de la ruina de la iglesia galicana; pero ante la amenaza de ser desterrados á Blois y de ver su jurisdicción disminuída por la creación de dos tribunales rivales, en Tours y en Poitiers, los magistrados al fin la registraron en 4 de diciembre de 1720.

Noailles publicó entonces su pastoral, pero inmediatamente los jansenistas le trataron de renegado. Excitáronse las pasiones y circularon listas de apelantes al futuro concilio, en una de las cuales se leía: «El rey es dueño de nuestros bienes y de nuestras personas, mas no de nuestras conciencias.»

Como los apelantes parecían nuevamente objeto de persecuciones, la masa del pueblo se declaró en su favor. Cuéntase de una criada, que habiendo encontrado á un sacerdote constitucional que llevaba el viático á un enfermo, se arrojó y exclamó: «¡Oh, Dios mío! ¡Os adoro, aunque estéis en manos de un hereje!» Los jansenistas de provincias no estaban menos exaltados que los de París, como lo prueba el siguiente diálogo sostenido entre un canónigo de Marsella y una superiora de convento, sospechosa de jansenismo, en los días en que la peste asolaba aquella ciudad (2): «A vosotros, dice el canónigo, atribuye el señor obispo los azotes que afligen á su diócesis.» «De la misma manera responde la abadesa, acusan los paganos en otro tiempo á los cristianos de todos los males del imperio, porque no adoraban sus ídolos.»

Pero Dubois, que, habiendo puesto de acuerdo á los jefes de ambos partidos, sentíase fuerte contra los adversarios, hizo condenar por decreto del Consejo la apelación que de la bula habían interpuesto en 1717 ante el futuro concilio los obispos de Mirepoix, de Sennez, de Montpellier y de Boulogne, y que la Sorbona había aprobado; anuló las actas de apelación de los cabildos é hizo á los superiores de las comunidades responsables de las resistencias de sus inferiores. Vigiló personalmente á los benedictinos y á los padres del Oratorio, distribuyó reales órdenes de destierro ó prisión y provocó descontentos y cóleras, pero consiguió restablecer momentáneamente la paz y se creyó con derecho á contar con el agradecimiento de la Curia romana.

Roma, sin embargo, negóse mientras vivió Clemente XI á concederle el «capelo;» así es que cuando murió aquel papa, Dubois trabajó sin descanso para lograr la elección de un pontífice más dócil. Por mediación de Lafitteau, entabló negociaciones con los cardenales Gualterio y Albani; envió 30.000 escudos al cardenal

(2) Un buque mercante procedente de Saida había llegado á Marsella en 15 de mayo de 1720 y llevado allí la peste. Había habido una mortalidad espantosa y las gentes de posición huían, quedando las demás amenazadas de perecer de hambre. La peste se propagó á las ciudades vecinas de Arlés y Tolón, ganó el Gervaudán y amenazó el Delfinado. El obispo Belzunce, prelado constitucional, atribuía la peste á la cólera divina motivada por la existencia del jansenismo en Marsella.

de Rohán para conquistarse partidarios; hizo partir para tomar parte en el cónclave á los cardenales de Bissy, de Polignac y de Mailly, y finalmente envió á un hombre de confianza, el P. de Tencin, á casa del cardenal Conti, que era uno de los papables, para prometerle el apoyo de los franceses á condición de que daría la púrpura á Dubois. Conti prometió y firmó su promesa, pero una vez elegido papa, con el nombre de Inocencio XIII, tardó en cumplirla. Dubois se hacía el indiferente y escribía á Tencin: «El sombrero más extravagante hoy en día, en mi concepto, es el capelo de cardenal...» Sin embargo añadía: «La rabia y la perversidad de los que se atraviesan en nuestro camino me enfurecen.» A pesar de todo, aún envió 100.000 libras para la familia del papa, familia «pobre,» dice Tencin, «gloriosa y hambrienta.»

Al fin Dubois es nombrado cardenal y en 25 de junio de 1721 el duque de Orleans le presenta al rey como el prelado á quien Su Majestad debe la tranquilidad de su Estado y de la Iglesia de Francia.

Aquella promoción, lo mismo que la consagración y todo cuanto sucede en aquella época extraña, divierte á los parisienses, que cantaban:

¡Que todo el mundo se alegre!
Admiremos á Su Santidad
Que transforma en cangrejo
A ese sapo ruin, enlodado.
Después de tan hermoso milagro,
Su Infalibilidad
No ha de hallar ya obstáculo alguno
En ninguna Facultad.

VI.—Fin de Dubois y del duque de Orleans (1723)

Dubois, sin inmutarse, prosiguió su camino. Cuando fué cardenal, como lo habían sido Richelieu y Mazarino, quiso ser, como éstos, primer ministro, es decir, poner bajo su autoridad á los ministros y secretarios de Estado, sus colegas; dar á la administración una orientación uniforme; hacer «converger,» como él decía, todas las partes del gobierno «á un punto fijo.» Ante todo creyó conveniente entrar en el Consejo de Regencia, que subsistía en su primera forma; pero para no dar lugar á ningún debate personal sobre la categoría que en él aspiraba á tener, comenzó por introducir en el mismo al cardenal de Rohán, el cual reclamó la precedencia sobre los duques, pares y mariscales. Retiráronse éstos y el canciller de Aguesseau les siguió; y como en el Consejo ya no quedaban más que príncipes, á quienes los cardenales no disputaban la categoría, Dubois entró en él.

La ambición que tenía de ser primer ministro vióse secundada por el Regente, porque se acercaba la época de la mayor edad del rey y el duque de Orleans creía que cuando ésta llegase, no podría conservar su autoridad más que por mediación de un hombre como el cardenal. Acaso también temía excitar la opinión si por sí mismo restauraba las funciones de primer ministro. Dubois le entregó una memoria en la que decía que si necesario era dejar á cada secretario de Estado sus atribuciones particulares, no lo era menos concertar con ellos diariamente las resoluciones de Su Alteza Real y evitar los «inconvenientes de un gobierno repartido.» Dubois fué nombrado primer ministro por letras patentes

de 22 de agosto de 1722; el Regente conservaba la presidencia del Consejo de Regencia y había de presidir asimismo los Consejos de los despachos y de la hacienda, restablecidos en la forma que antes de la Regencia tenían; además continuaba teniendo la firma de los estados y libramientos de fondos.

Al llegar el rey á la mayor edad, en 16 de febrero de 1723, el duque de Orleans le hizo entrega de sus poderes; Dubois vió ratificados los suyos y en su favor Luis XV restableció la secretaría de Estado de los Negocios extranjeros. El Consejo de Regencia desapareció y en su lugar restablecióse el antiguo Consejo superior, del que formaron parte el rey; los duques de Orleans, de Chartres y de Borbón, Dubois, y el preceptor del monarca, Fleury.

Dubois obtuvo también el honor de ingresar en la Academia, y el día en que fué recibido en ella, el obispo de Soissons, Languet, díjole hablándole de la corporación: «Constituída bajo los auspicios del Cardenal Primer Ministro, ve con gusto reaparecer la imagen de éste y se lisonjea de que pronto verá en la misma dignidad los mismos prodigios; se lisonjea de que hallará en vos un segundo Richelieu.» Finalmente presidió la asamblea del Clero de Francia, la cual consideróse con ello tan honrada, que votó ocho millones de donativo gratuito.

En el apogeo de esta gloria anuncióse la muerte. Súpose en la ciudad que el médico La Peyronie, llamado para asistir al cardenal enfermo, había diagnosticado un abceso en la vejiga, lo que dió lugar á que se cantaran coplas groseras como la siguiente:

El señor de La Peyronie,
Al visitar al cardenal,
Dice: es en la vejiga
En donde Su Eminencia tiene el mal

Dubois murió en 10 de agosto de 1723 á la edad de sesenta y seis años. Fué nombrado entonces primer ministro el duque de Orleans; pero éste, agotado por los placeres, habíase vuelto cada vez más indiferente á todo y murió de apoplejía el día 2 de diciembre.

CAPÍTULO IV

LA CORTE, LAS COSTUMBRES, EL ARTE Y LA MODA DURANTE LA REGENCIA (I)

I. La corte y las costumbres. — II. El arte y las modas

Un gran cambio se ha producido en la vida de la corte al comienzo de la Regencia; el rey niño había sido conducido á Vincennes, en cumplimiento de lo

(1) FUENTES: Saint-Simón (t. XII, XIII, XVI y XVII), Buvat (t. II), Staal de Launay, Mateo Marais, duquesa de Orleans, ya citados.

Respecto de Voltaire y de Montesquieu, véase la bibliografía en el capítulo III del libro II.

OBRAS DE CONSULTA: Lemontey, Michelet, Jobez (t. II), Baudrillard (H.), Wiesener, Perey (*Le Président Henault*) ya citados.

Franklin, *La vie de Paris sous la Régence*, París, 1897 (*La vie privée d'autrefois*, t. XXI). A. de Gallier, *La vie de province au XVIII^e siècle; les femmes, les mœurs, les usages*, París, 1877. Goncourt (E. y J. de) *La femme au XVIII^e siècle*, París, 1877. De los mismos, *Portraits intimes du XVIII^e siècle*, París, 1879. Des-

ordenado por Luis XIV en su lecho de muerte (1), y más adelante el Regente hizo preparar para él el palacio de las Tullerías, en donde se instaló Luis XV en 1.º de enero de 1716. Con ello creía el Regente dar gusto á los parisienses y á los cortesanos, y creía asimismo que haciendo de París la residencia del gobierno haría más fácil el trabajo de las administraciones. Más adelante, Dubois opinó, por el contrario, que valía más tener al gobierno alejado del parlamento y de las agitaciones de París, y quizás pensó también que había de evitar á Luis XV, que ya iba teniendo algunos años, el espectáculo de la vida del Regente; en su consecuencia, el rey volvió á Versalles en junio de 1722.

Durante siete años no hubo, pues, corte de Francia propiamente dicha: el rey permanecía en las Tullerías, el duque de Orleans en el Palacio real y los grandes señores en sus casas, diseminados por París. Las gentes ilustres buscaban los placeres comunes á todo el mundo, como el teatro y los bailes, y les gustaba mucho la vida de aquella capital; estaban como emancipados y al mismo tiempo la organización de los Consejos les producía la ilusión de que ocupaban más sitio en el Estado.

noiresterres, *Les cours galantes*, París, 1860-1864, 4 vol. Jullien (A.), *La comédie à la Cour; les théâtres de société pendant le dernier siècle. La duchesse du Maine et les grandes nuits de Sceaux*, París, s. f. Campardón, *L'Académie royale de musique au XVIII^e siècle*, París, 1883. Lescure (de), *Les maîtresses du Régent Paris*, 1892. Feuillet de Conches, *Les Salons de conversation au XVIII^e siècle*, París, 1883. Soury, *Etudes de psychologie. Portraits du XVIII^e siècle*, París, 1879. Perey y Maugrás, *Une femme du monde au XVIII^e siècle. La jeunesse de Mme. d'Epinau*, París, 1882. Giraud, *La Maréchale de Villars* («Seances et travaux de l'Académie des Sciences morales et politiques,» tomo CXIV, 1880). Sainte Beuve, *Causeries du lundi*, t. I, 1851 (Adriana Lecouvreur). Marquiset, *La duchesse de Fallary* (1697-1782), París, 1907. F. Massón, *La jeunesse de Mme. de Tencin et la Régence* («Revue des Deux Mondes,» 1.º de febrero de 1908). Saint-René-Taillandier, *Maurice de Saxe*, París, 1870. Heulhard, *La foire Saint-Laurent, son histoire et ses spectacles*, París, 1878. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789*, 2.ª ed., París, 1901-1903, 2 vol. Rambaud, *La visite de Pierre Le Grand à Paris* («Revue politique et littéraire,» t. LII, 1883, 2.º sem.). *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France. Russie*, pub. Rambaud, tomos VIII-IX, Introducción, París, 1890, en 8.º

SOBRE LAS ARTES: *Abecedario de P. J. Mariette et autres notes inédites de cet amateur sur les arts et les artistes*, París, 1851-1860. Blanc (Carlos) *Histoire des peintres de toutes les écoles; Ecole française*, París, 1862, 3 vol. t. II. Goncourt (E. y J. de) *L'Art au XVIII^e siècle*, 3.ª ed. París, 1881-1883, 2 vol. Alexandre (Ars.) *Histoire de l'art décoratif du XVI^e siècle à nos jours*, París, 1892. Del mismo, *Histoire populaire de la peinture: Ecole française*, París, s. f. (1896). Marcel (Pedro), *La peinture française au début du XVIII^e siècle (1690-1721)*, París, 1906. Havard, *Dictionnaire de l'ameublement et la décoration*, París, 1888-1889, 4 vol. Champeaux (de) *Le meuble*, París, 1885, 2 vol. t. II. Dusieux, *Le château de Versailles*, París, 1881, 2 vol. De Julienne, *Abregé de la vie d'A. Watteau*, París, 1735. De Caylus, *La vie d'A. Watteau, peintre de figures et de paysages*. (En los Goncourt, *L'art au XVIII^e siècle*, t. I.) Mantz (Pablo) *Antoine Watteau*, París, 1892. Jozs (Virgilio), *Watteau, mœurs du XVIII^e siècle*, París, 1893, 2.ª ed. (Sociedad del «Mercure de France.») Seailles (Gabriel), *Watteau* («Collec. des Grands Artistes») París, s. f. Dargenty (G.), *Antoine Watteau* («Collec. des Artistes célèbres,») París, 1891. C. Gabillot, *Watteau, Pater et Lancret*, París, 1907. L. de Fourcaud, *Antoine Watteau* («Revue de l'Art ancien et moderne,» mayo, 1901.) Duplessis (Jorge) *Les Audran* («Collec. des Artistes célèbres,») París, 1892. Quicherat, *Histoire du costume en France*, París, 1874.

(1) Véase la pág. 571 del tomo anterior.

El joven rey era guapísimo: tiene, dice Madama, ojos grandes y muy negros, largas pestañas rizadas, lindo cutis, una boquita encantadora, una cabellera larga y abundante, mejillas pequeñas y sonrosadas, cuerpo esbelto y proporcionado, y unas manos y unos pies monísimos; su paso es arrogante, se ha observado que se pone el sombrero como el difunto rey, baila bien, y diestro en todo cuanto hace, empieza ya á tirar á los faisanes y á las perdices, pues siente una gran pasión por el tiro.

Aquel niño hermoso era adorado por todo el reino que, en medio de las ruinas y de los escándalos de la Regencia, consolábase esperando en él. En 1721, su curación, después de una grave enfermedad, fué festejada con fogatas, bailes al aire libre, banquetes, iluminaciones y *Tedéums*, y la multitud, agolpada al pie de sus ventanas, le aclamó.

Luis XV, como casi todos los reyes, tuvo una mala educación; su aya, la señora de Ventadour, en otro tiempo mujer galante y ahora devota, se sometía á sus caprichos, iniciábale en las prácticas de la etiqueta y le acostumbraba á considerarse como un ser aparte; y su ayo, el marqués de Villeroy, hombre frívolo y fatuo, engreído con sus títulos y sus trajes, enseñábale urbanidad y modales de corte. Verdadero tipo de cortesano, atribúyese á Villeroy la siguiente frase: «Hay que aguantar el sillico á los ministros mientras desempeñan el cargo y arrojarles el contenido en la cabeza cuando han cesado en él.» Su amor al rey se manifestaba de una manera extraña, es decir, haciendo ver que le protegía contra las intenciones regicidas del Regente, para lo cual presenciaba todas las comidas del monarca, probaba todo cuando éste comía ó bebía y encerraba en una alacena, de la cual sólo él tenía la llave, el pan y el agua; y un día en que el Regente quiso servir al rey su café con leche, Villeroy derribó la taza como inadvertidamente y le hizo llevar otra (2).

La educación intelectual de Luis XV fué poco menos que nula; tenía poca afición al estudio y los encargados de enseñarle temían fatigar su inteligencia. Su pfeceptor Fleury, personaje insinuante y flexible, ambicioso sobre todo de conquistar el corazón del soberano, hacia casi todo lo que él quería, y cuando iba á darle lección de latín, dice el marqués de Argensón, llevaba un Quinto Curcio y una baraja, y el libro permanecía largo rato abierto en la misma página. Cuando Luis XV fué mayor de edad, el Regente y Dubois hicieron redactar para él memorias sobre política, guerra y hacienda; pero el rey, si las leyó, debió recrearse especialmente en la demostración que ellas contenían del poder ilimitado de los reyes.

El carácter del rey es juzgado casi unánimemente con gran severidad: «Diviértese, dice Marais, en dar bromas pesadas á gentes de todas clases, cortando las corbatas, las camisas, las casacas; quitando las pelucas y los bastones y hasta sacudiendo á veces buenos palos á los jó-

(2) A consecuencia de un altercado con Dubois, Villeroy fué alejado de la corte en 12 de agosto 1772. Entonces Fleury, que había prometido al ayo unir su suerte á la suya, abandonó precipitadamente Versalles y fué á dormir á Basville, en casa de su amigo el presidente Lemoignon; pero el rey se mostró tan apesadumbrado, que hubo que llamar á toda prisa á Fleury, quien volvió en seguida á la corte.



LUIS XV, NIÑO

(cuadro de Jacinto Rigaud, existente en el Museo de Versalles)

venes señores que se le acercan.» Cuéntase que se complacía en cortar el pescuezo á los pájaros, que en cierta ocasión mató á una cierva que le acariciaba, y que no quería á nadie; sin embargo, parece que sintió cierto cariño por Fleury y por el Regente, cuya muerte lloró. Saint-Simón le describe como «muy glorioso, sensible y susceptible; nada se le escapaba, aunque no lo demostrase.» Por lo demás, ese niño mal educado, mal instruído, está ya hastiado y gastado y es indolente; bajo apariencias seductoras es una persona que causa inquietud.

El Regente sigue haciendo en el Palacio real la misma vida que hacía en Saint-Cloud, en las postrimerías del último reinado, una vida epicúrea al estilo de Vendome. Se acompaña de los llamados «*roués*» (1) (sollastres), á saber: Canillac, de modales de gran mundo; De Effiat, mala lengua, «muy presuntuoso y sin alma,» dice Saint-Simón; Noé, que debió su favor á cierta grosería afectada y á una brusquedad que era un remedo de la franqueza; el presidente Maisón, hombre despreocupado; Noailles, que se hace vicioso para no desentonar entre los demás; Brancás, un impío que se convertirá; De Broglie, de refinada impiedad, maestro en intrigas; La Fare, Birón, Nancré, Simiane, etc.

Y luego las damas: la señora de Parabere, de quien dice la Palatina que su hijo la amaba «porque bebía como una cuba» y no le costaba «ni un cabello,» y las señoras de Averno, de Phalaris y de Sabrán, que fueron rivales de la Parabere. La señora de Tencin pretendió, según se dice, igual favor; era una mujer fina y espiritual, delicada y dulce, pero el Regente no pudo acostumbrarse á sus aires de ex canonesa, y entonces ella se dió á la literatura, dedicóse al agiotaje y dió reuniones en las que se defendió la bula *Unigenitus*. La señora de Delfand, una de las grandes beldades de la época, hizo la conquista del Regente en un baile de la Opera; pero no fué mucho tiempo su amante á pesar de su conversación que era tal como á él le gustaba, es decir, de rasgos atrevidos y de réplicas prontas y brillantes. Después de sus relaciones íntimas, continuó, no obstante, compartiendo la familiaridad del príncipe con las señoras de León, de Gesvres, de Flavacourt, de Nicolai, de Sessac, de Brossey, de Verrúe, de Portes y de Mouchy.

Entre estas damas encoquetadas, agitanse los «ratoncitos» señoritas Uzée, Le Roy, Emilia y la famosa Desmarés, todas ellas muchachas de la Opera.

La duquesa de Berry (2) nada hacía para desmentir los malos rumores que acerca de ella circulaban. La Grange-Chancel escribió contra ella y el Regente versos atroces y Saint Simón, cuya esposa fué, sin embargo, dama de honor de la duquesa, ha hablado de ella como de una mujer miserable. Era encantadora y desordenada y tenía á orgullo el que la adorasen. Cierta noche, en una representación de *Edipo*, del incestuoso Edipo, llenó el anfiteatro de damas, de nobles y de

(1) El nombre *roué* parece derivarse de la antigua expresión «*bon roué*» que significaba buen camarada. El Regente debió dar, por burla, á la palabra el sentido de «*bon à rouer*» (bueno para ser enrodado), y sus cortesanos debieron aceptar el apodo para distinguirse de sus criados á quienes llamaban «*pendards*» ó «*bons à pendre*» (buenos para ser ahorcados).

(2) Véase la pág. 559 del tomo anterior.

guardias y se colocó bajo un dosel en actitud de ídolo. De cuando en cuando, encerrábase en el convento de las Carmelitas del arrabal de San Jacobo, asistía á todos los oficios, incluso los nocturnos, ayunaba y abismábase en la oración; pero al cabo de algún tiempo reanudaba su vida en el Luxemburgo.

Las fiestas se celebraban en el Palacio real, en el Luxemburgo, en Asnieres y en la Muette, pero principalmente en el Palacio real; allí, á partir de las seis de la tarde, instalábase en la antecámara dos de aquellos lacayos hercúleos á quienes se daba entonces el nombre de «*Mirebalais*,» que no dejaban entrar á los importunos, y los convidados guisaban ellos mismos en utensilios de plata ó ayudaban á los cocineros. La señora de Parabere era maestra en preparar una tortilla y el Regente cocinaba según recetas que había traído de España.

En las cenas, los comensales se llamaban unos á otros con nombres de guerra: La Fare era «el Cangrejo marino;» Canillac, «la Comadre triste;» Brancás, «la Comadre alegre;» de Broglie, «el Embrollón;» Parabere, «el pequeño Cuervo negro;» Sabrán, «el Solomillo;» y la señora de Berry, «la princesa Mofletuda.» Las conversaciones eran una chanza perpetua que no respetaba la religión, la moral, ni nada. La señora de Sabrán decía: «Cuando la creación, Dios hizo dos pastas; de la una sacó los hombres y de la otra los lacayos y los príncipes.» Aquella alta sociedad hacíase justicia despreciándose á sí misma y preparando su ruina.

Excepción hecha de la duquesa de Berry, la familia del duque de Orléans vivió retirada (3). Su madre, la

(3) La familia de Orléans comprendía entonces: á Carlota Isabel de Baviera (la Palatina), segunda esposa de Felipe, duque de Orléans, muerto en 1701, y madre del Regente; nacida en Heidelberg en 1652, murió en Saint-Cloud en 8 de diciembre de 1722; y á Felipe, duque de Chartres, y después duque de Orléans y Regente, que había nacido en 2 de agosto de 1674 y fallecido en Versalles en 8 de diciembre de 1723, y se había casado en 1692 con la señorita de Blois, hija legitimada de Luis XIV y de la señora de Montespán. De este matrimonio tenía siete hijos:

I. Luis, nacido en Versalles en 4 de agosto de 1703 y fallecido en París en 4 de febrero de 1752.

II. María Luisa Isabel, duquesa de Berry (1695-1719).

III. Luisa Adelaida, abadesa de Chelles.

IV. Carlota Aglae, duquesa de Módena.

V. Luisa Isabel (señorita de Montpensier), reina de España en 1722.

VI. Felipa Isabel (señorita de Beaujolais).

VII. Luisa Diana, princesa de Conti.

La familia de Condé (rama primogénita) de la que también nos ocupamos, comprendía:

A Luis Enrique de Condé, duque de Borbón, nacido en 18 de agosto de 1692, fallecido en Chantilly en 27 de enero de 1740; casado en primeras nupcias con Mariana de Borbón, hija de Francisco Luis, príncipe de Conti, no tuvo hijos en tiempo de la Regencia.

A Carlos, conde de Charolais, nacido en Chantilly en 18 de junio de 1700, fallecido en 1760.

A Luis, conde de Clermont, nacido en 15 de junio de 1709, abad de Saint-Germain-des-Pres, fallecido en 1771.

A Mariana Gabriela Leonor, abadesa de los Champs, nacida en 1690.

A Luisa Isabel, casada en 1713 con Luis Armando de Borbón, príncipe de Conti.

La rama menor de Condé estaba representada por:

Luis Armando de Borbón, príncipe de Conti, nacido en 10 de noviembre de 1695, casado con Luisa Isabel de Borbón, de quien tuvo un hijo, Luis Francisco (1717-1776), y fallecido en 4 de mayo de 1727.